

Rosalinda.

[MEMORIAS INTIMAS DE UNA JOVEN.]

A JOSE G. MALDA.

La temporada de 187*** en San Angel, ofrecia atractivos de que en años anteriores habia carecido. El poético pueblecillo de verdes huertas, de sabrosas frutas y de flores delicadas, hospedaba entonces á gran número de damas principales de la ciudad de México, que huyendo del calor sofocante, y deseando abrir un paréntesis á la monótona vida que aquí se pasa, iban á cambiar el ve-

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

D. A. N. L.

lo de Chantilly por el modesto *rebozo nacional*.

San Angel estaba encantador. No se habían dado cita allí las feas, como alguna vez ha sucedido, sino las hermosas, las de talle gentil, sonrisa seductora y ojos hechiceros; las que apetecían cambiar por algunos meses la grave seriedad aristocrática, por la risa franca, por el placer de espontáneas demostraciones.

A los trenes lujosos había sustituido el asno humilde para los paseos vespertinos; al pavo trufado y á los calamares de los grandes banquetes, los platillos del país.

Era de ver á aquellas damas orgullosas, de las calles de Plateros, de la calzada de la Reforma y del gran teatro de Vergara, que arrastran caudas de grós, cubiertas de encajes y de joyas, y que se creen dueñas del mundo, según la pompa y magestad con que caminan, según el desden con que reciben el más cortés saludo, era de verlas entonces, vestidas de clara musolina, con flores naturales en el seno y en el cabello, en vez de

las rosas de trapo *confeccionadas* por Valeria ó Mdme. Clavel.

Las familias que en México asisten á una representación teatral, sin dignarse escuchar á los actores, aun cuando un Valero ó una Adelaida Ristori se encuentren en la escena, concurrían en San Angel á las funciones de una compañía que hasta para llamarse de la legua era mala, y celebraban las sandeces del pretendido gracioso, y no se ruborizaban con los groseros chistes de un sainete en el que cada frase ataca la moral, y aun más que la moral, el buen sentido, ó por mejor decir, el criterio de un espectador medianamente ilustrado.

Las jóvenes corrían de un punto á otro, alegres, como parvada de golondrinas que anuncian la llegada de la primavera; á su habitual mutismo había reemplazado la charla animada y expansiva, y, para decirlo de una vez, aquella porción de la sociedad mexicana, al abandonar sus alfombras y colgaduras, sus trages y sus coches, había aban-

CAPILLA ALFONSIÑA
UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

donado, por el momento, sus ridículas pretensiones aristocráticas.

Comprendereis, por lo dicho, que merecía San Angel ser visitado con frecuencia, durante aquella temporada. ¡Cómo no ir á admirarse de aquella metamórfosis! ¡cómo no correr en pús de una sonrisa, de una palabra, de un apretón de manos, imposibles en México á la clara luz del día; imposibles en México, donde hasta las coquetasse vanaglorian de recibir con seriedad á sus amantes!

¡Cómo no ambicionar ver, una vez siquiera, cabalgando en sufrido asno á la arrogante jóven á quien no se ha mirado sino sobre los cojines de un landó, tirado por enormes potros normandos!

Yo no prescindía de tan hermoso espectáculo, en los domingos, únicos que podía consagrar al solaz en aquella época, pues me retenían en la ciudad las labores de un diario, vorágine que absorbe sin piedad cuanta savia puede contener nuestro cerebro, y que no es otra cosa mas que un campo que regamos con nuestro sudor y que no nos pro-

duce sino frutos mezquinos. Anhelaba yo la llegada del domingo, aun mas que el niño perezoso que abomina la escuela, y una vez que llegaba ese día, me encaminaba al lindo pueblecillo que, como un iman de poderosa fuerza, me atraía. Y no era que fuese á disfrutar otra delicia que la de contemplar la dicha agena. Espectador, que no actor, me estaba reservado el papel de los que no son convidados á un baile, y se resignan á mirar desde la acera de enfrente los giros que forman las parejas al compás armónico y suave de un wals de Carlos Faust. Yo iba á percibir, desde léjos, puede decirse, el murmullo que producen las pláticas animadas; como quien, viviendo en un puerto, se conforma con oír los tumbos de la mar desde su habitación lejana, sin pretender bañar sus piés en las aguas del océano, sin tomar una sola de las nacarinas conchas que arrojan las olas sobre la arena. Y sin embargo, placer suave, dulcísimo, melancólico, me acariciaba entonces. La naturaleza exuberante de San Angel, la tranquilidad de aquellos valles, la

CAPILLA ALFONSIÑA

UNIVERSITARIA

D. A. N. D. I.

vista de la ciudad de México, cuyas torres y edificios principales se ven en lontananza, todo eso tenía para mí un encanto irresistible.

Una tarde..... me parece que era del mes de Julio, la campana de la estación anunció que el último tren iba á partir. Era preciso volver á México, á la ciudad del aire infecto, y sobre todo, á la ciudad en que la político-manía dá al traste con los cerebros mas fuertes.

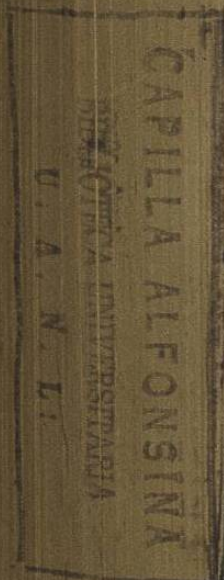
Cuando llegué á la estación, los wagones estaban todos igualmente llenos, y como no eran momentos aquellos para escoger, subí al que encontré mas próximo, instalándome en una de sus puertas, como el centinela en la de un calabozo.

Si quisiera hoy describir los tipos que contenía el wagon, no lograria mi propósito. Así era de variada la concurrencia. En uno de los ángulos, iba una jóven bellísima: la señorita Refugio*** á quien México entero proclama hermosa, y á quien México entero ambien, acusa de tener sobrado orgullo.

Sus padres estaban junto á ella. Aquel viaje, incómodo para mí, dejó de serlo desde que la suerte me deparó un rostro tan hechicero que contemplar durante mas de una hora.

Pasamos Mixcoac, Tacubaya, Chapultepec, y en vez de bajar algunos pasajeros, subian otros que se resignaban á ir en las plataformas de los wagones. Entramos á la ciudad, y por primera vez, se detuvo el wagon en la calle de Cadena. Precipitadamente, varios de los viajeros tomaron sus paraguas, canastillas de fresas, ramos, y abrigos, y abandonaron el wagon, dejando vacía una gran parte de él. Entre las personas que bajaron se contaba Refugio*** Ocupé el sitio que dejó y siguió el tren.

Al sentarme ví en el rincón un objeto blanco, y me apoderé de él al punto. Seguramente Refugio*** lo habia olvidado. Confieso que con curiosidad inaudita me cercioré de que era un libro manuscrito, y con placer no menor, lo declaré buena presa. La dueña habia partido en su coche, y nadie mas podia justificarme su propiedad.



Al salir del wagon, llevaba yo, como tesoro encontrado sin pretenderlo, el famoso libro. ¡Cuántos pensamientos me asaltaron entonces! ¡Cuántas conjeturas hice! ¡Cuán larga me pareció la distancia que separaba mi habitacion de la plaza principal de México!

Al fin me encontré solo. Andrés, mi criado, encendió la lámpara, me preguntó si le necesitaba, y se marchó.

El libro decia así en su primera página:

“ MEMORIAS INTIMAS. ”

A Refugio***

Rosalinda***

¿Habrá entre mis lectores uno tan excesivamente severo, que se atreva á condenar el abuso que cometí leyendo hasta su última página las *Memorias íntimas* de Rosalinda?

Es verdad que sabia yo por el mismo manuscrito á quién pertenecía; es verdad que

me constaba que por olvido habia sido dejado en el wagon, y es verdad tambien que no ignoraba yo dónde vivia Refugio*** para hacerlo llegar á sus manos. Pero la curiosidad que se atribuye á la mujer, es comun al hombre, y ardía yo en deseos de conocer aquella historia.

Rosalinda no era una desconocida para mí. La habia reputado siempre como una de las mas bellas galas de nuestra sociedad; me habia detenido muchas veces á celebrar la analogía que guardaban su nombre y su persona; sabia yo muy bien que su esquivéz proverbial le habia granjeado numerosos enemigos; acababa yo de verla pasar junto á mí, en San Angel, sin dignarse concederme una sola mirada, y queria yo vengar á todos y vengarme yo mismo, una vez que la casualidad me brindaba la ocasion de hacerlo. Además, en descargo mio, debo hacer constar que no pretendí ni por un instante privar á Refugio*** del precioso manuscrito de su amiga.

Emplee toda la noche en la lectura de las

Memorias, y al día siguiente, falté á la redacción, y púseme á sacar una copia fiel de ellas. Así que hube terminado mi laboriosa empresa, procuré y conseguí que Refugio*** recibiese el manuscrito, no sin atribuir su hallazgo á un empleado del ferrocarril, conocido mio, para que no se preocupase con la idea de que yo lo habia leído.

Cuatro años han pasado desde el día en que obtuve, de la manera descrita, la copia que hoy vé la luz en estas páginas.

Muéveme á revelar esta historia el deseo de dar á conocer algunos rasgos fisionómicos de la sociedad mexicana; rasgos que han sido copiados con exactitud, sin saberlo tal vez, por una jóven que no abrigaba el propósito de darse á conocer como escritora, sino que quiso hacer simplemente sus confidencias á una amiga. Indiscreta accion habria sido no suprimir los apellidos y no hacer ligeros cambios de fechas, para desviar al lector que intentase reconocer á las personas que figuran en esta narracion.

En todo eso he pensado, y aun he con-

seguido, como se verá más tarde, anudar la narracion interrumpida en la última página del manuscrito de Rosalinda, con el relato de los sucesos posteriores.

Tiempo es ya de escuchar á la encantadora jóven.

Mayo 23 de 1873.

Ayer cumplí diez y ocho años. Todavía estoy cansada á consecuencia de la fiesta que mis padres dispusieron para obsequiarme, y que en realidad no me ha proporcionado el placer que ellos apetecian. Por el contrario, me han agitado ayer sensaciones tan poderosas, que creo que vá á operarse en mí un cambio desde hoy. Por primera vez he consagrado algunas horas á la reflexion, y he pensado en el porvenir.

Víctor*** que desde hace mas de un año me sigue á todas partes, dándome pruebas del amor mas fiel, de la pasion mas ardiente; que ha sufrido, resignado hasta el heroismo, el desden profundo con que le he visto des-



de el primer dia, Víctor logró, yo no sé de qué manera, ser traído por Luis, mi hermano, á comer con nosotros; y tan exquisita urbanidad ha mostrado, tan hermosas pruebas dió de su talento, que mis padres mismos se han felicitado de haber consentido que Luis trajese á la casa, en ocasion como ésta, á un jóven cuya constancia en amarme les importunaba, y en cuya modesta fortuna no podian descansar las bases de un arreglo para el porvenir, como mas de una vez me hizo comprender mi madre.

La moderacion de Víctor, contrasta con la arrogante petulancia de Antonio, (mi novio oficial), la bondad de su alma se revela hasta en lo mas insignificante de sus palabras. Todos, puede decirse así, se enamoraron de él. Hasta Antonio, que al verle llegar creyó que venia á ofrecerle una oportunidad para burlarse de él, tuvo que reconocer el indisputable mérito de Víctor.

Le colocaron, en la mesa, entre Amalia*** que jura ser mi mejor amiga, y mi madre. Yo quedé casi frente á él, y Antonio

junto á mí. De las demas personas no hay para qué hablar, al menos por ahora.

Amalia, cuyo novio no estaba presente, pués en juego todos los recursos de su refinado coquetismo, para atraer á Víctor. Este correspondió á aquellos esfuerzos con galantería, pero sin interesarse en lo mas mínimo en la empresa á que se le invitaba. Víctor no quiso ostentar los laureles de una conquista amorosa, sino mostrarse cumplido caballero consagrándo sus atenciones á mis padres, y á la concurrencia entera, sin preferir mas que á los primeros.

Antonio, que tal vez por intuicion comprendia que Víctor estaba apareciendo ante mis ojos superior á él, se propuso sugetarlo á una prueba de la que no todos saben y pueden salir victoriosos. Le propuso con verdadera tenacidad que brindase *por la reina de la fiesta*.

—El dueño de la casa, objetó Víctor, opina seguramente por la abolicion de una costumbre que pone en sérias dificultades á los que carecen, como yo carezco, de dotes ora-



torias. Además, las frases de un brindis vulgar no merecen ser escuchadas, por mas que se les rebusque con ese objeto, y lo único que se logra es fastidiar al auditorio.

—Los pretextos no son malos, repuso Antonio que no queria prescindir de su idea, y por lo mismo, ruego á mi querido amigo el señor don Raymundo se sirva dar el ejemplo, brindando por lo que mas le acomode.

Mi padre, que era el aludido, quiso obsequiar, aunque con visible repugnancia, los deseos de aquel á quien reputaba su *futuro yerno*, y brindó con palabras entrecortadas, dando las gracias á las personas que se habian dignado acompañarnos en aquel dia.

—¡Ahora vd., ahora vd.! exclamó Antonio apenas hubo terminado mi padre, y dirigiéndose á Víctor.

—Agradezco la honra que me dispensa vd., concediéndome el segundo lugar, dijo Víctor, y corresponderé á ella de la manera menos mala que me sea posible, no sin rogar, de antemano, que sean indulgentes conmigo.

Tomó su copa, se puso en pié y habló durante algunos minutos, de una manera tan fácil, tan encantadora, tan llena de primorosas flores para mí; de palabras tan elocuentes para mis padres, que tanto me aman, que éstos se conmovieron profundamente, y todos, todos los que allí estábamos, prorrumpimos en atronadores aplausos, luego que Víctor acabó de hablar.

Yo no encontré sino la palabra *gracias* para manifestarle mi reconocimiento. En cambio, mis ojos le dirigieron una mirada que debe haberle recompensado de todas sus penas.

Amalia estuvo casi inconveniente en sus demostraciones á Víctor, que le habia cautivado.

Antonio..... aunque otra cosa decia, estaba arrepentido de haber dado ocasion á Víctor de obtener un triunfo tan completo.

Yo..... estaba enamorada. ¿Necesito, acaso, decir más?

Víctor fué tan noble y generoso, que, á pesar de que no se le ocultaba cuál habia



ſido la intencion de Antonio, y á pesar de que le lastimaban en lo más sensible de su corazon nuestras relaciones, no aprovechó aquella oportunidad para vengar antiguos agravios. Víctor no pidió que Antonio brindase.

Cuando terminó la comida, á las cuatro de la tarde. álguien propuso que comenzase de una vez el baile; pero mi padre se opuso diciendo que era más á propósito la tarde para dar un paseo por la huerta del Cármen, y que en la noche bailaríamos. Ante aquella voluntad soberana, todas las demas se doblegaron; y con mayor resignacion, desde que mi madre manifestó que estaban tomadas las providencias necesarias para que el baile durase hasta el amanecer del dia siguiente.

Al salir en grupo numeroso, temí que Víctor se ofreciese á acompañar á Amalia, que tan á las claras decia que no habia conocido jóven más amable y más fino que él; pero Víctor brindó su brazo á mi madre, y mis temores quedaron desvanecidos.

De todos los concurrentes, tal vez Antonio

y yo éramos los menos placenteros, y cualquiera persona perspicaz lo habria comprendido así.

Formáronse las parejas, tocando á Amalia por compañero, mi padre, que con malicia le dijo: “Resígnese vd. á tomar el brazo de su viejo amigo, ya que su novio no quiso ó no pudo venir.”

Yo no sé por qué esas palabras llenaron mi pecho de indecible satisfaccion, y atenuaron el disgusto que me estaba invadiendo.

No referiré los pormenores del paseo; me bastará decir la situacion en que me encontraba con mi novio.

Antes debo manifestar ingénuamente que Antonio, me parecia á propósito para marido, segun las reglas del círculo social á que pertenezco; es decir, con el dinero necesario para presentarme con lujo, y con la poca inteligencia que debe tener el hombre á quien se ha de dominar.

Mi madre me tenia aleccionada en esta materia y en la manera de conducirme, á fin de que nuestras relaciones no tuviesen otro

desenlace que una boda. Así es que, á pesar de la indocilidad de mi carácter, jamás contrariaba á mi novio.

Antonio, por su parte, aunque era rico, no creia bastante su posicion social, sino que ambicionaba unirse á una mujer de familia más distinguida que la suya, aun cuando fuese menos poderosa, y estaba resuelto, lo creo así, á enlazarse conmigo, más por esa causa, que por amor.

Llegó la hora del baile.

Víctor se acercó á mí, y me dijo:

—Rosalinda, no pretendo que vd. me honre con la primera pieza que va á bailarse. Bien sé que *otro* mas afortunado que yo, la alcanzó de antemano; pero si no obligan á vd. compromisos semejantes con respecto á las demás, le ruego me designe una.

—La que vd. guste; respondí con afectada indiferencia, pero abrigando la conciencia de que mis ojos denunciaban lo que pasaba por mi sér.

—Ya que vd. deja á mi eleccion la pieza,

repuso Víctor, será el primer wals que se toque. ¿Acepta vd?

—¿Y por qué no una danza? pregunté con curiosidad.

—Porque en el wals será vd. mia completamente, al menos en aquellos instantes, respondió acompañando sus palabras de una expresion que jamás podria yo interpretar en sus múltiples significaciones. La danza, continuó Víctor, habla á los sentidos y no al espíritu. Arrebatados por un wals, nos parece que él nos lleva en sus alas á un mundo mejor, y envueltos en una nube de encantos y de poesía, respirando el aliento de nuestra compañera, estrechando suavemente su lindo talle, nos conformamos con soñar en la felicidad, los que despiertos no podemos ser felices.

No recuerdo más, aunque Víctor me dijo muchas otras cosas todavía, que lo que acabo de copiar, vago reflejo de sus palabras.

Antonio, quien, como es fácil suponer, bailó conmigo la primera danza, acabó con su manejo de destruir la llama que ya casi

se extinguía, de nuestro amor. Antonio se había excedido en la mesa, y al hablar dejaba percibir un fuerte olor á champagne. Esto le rebajó mucho ante mis ojos; pero mucho más aún, su conversacion durante la danza. El vino en vez de alegrarle le había enfurecido.

Haré por recordar nuestra conversacion, siquiera en parte.

—Te prohibo, díjome con tono rudo, te prohibo que bailes una sola pieza; ni una sola, ¿lo oyes? con *ese Víctor* que tan en gracia ha caído á todos vdes. porque habla regular.

—Antonio, respondí; reflexiona que las conveniencias sociales ordenan que yo acepte la invitacion de un jóven honrado, quien quiera que sea, una vez que mi hermano le ha traído á esta casa y que mis padres le han recibido bien.

—Será todo lo que tu quieras; pero Víctor no ha de bailar contigo.

—¿Te has vuelto celoso?

—¿Celoso yo? ¿Celoso porque llega aquí

un infeliz que no tiene mas que su instruccion y eso que llaman talento? NÓ; no seré yo quien tema á rival semejante. Bien comprendes que si Víctor sabe *hablar bonito*, en cambio no podrá presentar nunca á su mujer, en la sociedad, con el lujo y grandeza con que yo puedo hacerlo. Así, no creas que tengo celos; es un capricho que debes obsesquiar.

—Me es imposible. Porque ya le concedí el wals que vá á tocarse, y no debo faltar á mi palabra, y por otras razones tambien.

—Las exijo; habla.

—Ni el lugar ni la hora son á propósito.

—Es decir que.....

—Que cuando estés en estado *menos nervioso*; cuando se hubiese disipado ya el vapor del champagne que hoy te ofusca, entonces hablaremos, porque ahora *tu estado* no te permite razonar, dije acentuando con dignidad mis palabras.

Antonio, colérico, nada respondió y se alejó de mí.

A pocos momentos sonaron las primeras armonías del wals precioso, de Cárlos Faust: *Las hojas en el aire.* Víctor se presentó y comenzamos á valsar.

Pero me siento fatigada, y debo descansar.

Mayo 28.

Me habia propuesto continuar, estas *Memorias*, dia á dia; pero no lo he conseguido. ¡Y tengo ya tanto que referir!

No creia que la palabra del hombre tuviese tal poder; no llegué nunca á imaginar que en unos minutos robados al bullicio de un baile, pudiese decirse tanto como Víctor me dijo mientras valsamos la noche de mi cumpleaños; ni sospeché que él llegase á ejercer en mi seno influencia tan dominadora como la que hoy me domina.

¡Que no sepa yo coordinar mis ideas! que no me sea dado reproducir aquí siquiera la pálida imágen de aquel discurso florido, elocuente, conmovedor, apasionado! Recuerdo una á una sus palabras; el timbre de su voz, mas grato para mí que las melodías del wals aleman, resuena en mi oido; todavía palpita mi corazon como palpitaba cuando estaba yo en brazos de Víctor, y sin embargo, no puedo referir las impresiones de aquellos momentos supremos para mí; momentos que han de influir poderosamente en mi porvenir; que han cambiado la faz de mi existencia, dado otro giro á mis ideas, y engendrado otro género de ilusiones y esperanzas, para mi desconocidas hasta ese dia.

¡Qué hermoso es el amor, en los lábios de un hombre inteligente! ¡qué frases tan halagadoras tiene una a!ma enamorada! ¡cómo realza ante el hombre la dignidad! Yo esperaba una declaracion frívola como todas las que hasta entonces habia escuchado, que no han sido pocas, en verdad. Creí que Víctor me iba á hablar lamentando mis desdenes y

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSITARIA
D. A. N. L. I.